

CON BORGES, POR LA CALLE FLORIDA

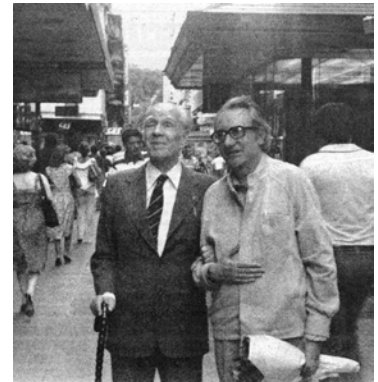
UN autocar rueda despacio por los caminos boscosos del parque de Palermo, cuando el guía, de pronto, interrumpe las explicaciones típicas y tópicas de su oficio para intercalar un flash: «Acabamos de saber que el Premio Cervantes se lo han dado a un español y a un argentino: Gerardo Diego y Jorge Luis Borges.» Como el hombre se había venido esforzando en subrayar la hermandad de los dos pueblos, ahora se amarra gozosamente a la coincidencia literaria. Es una hermosa noticia. Los leoneses le debemos a Gerardo un retrato poético que puede estar entre los mejores de nuestra literatura: «Victoriano Crémer, cabeza / desbastada en piedra románica... » La piedra, el románico, la penumbrosa calle de Puerta moneda... Gusta resentir todo esto en el corazón propio, mientras exploramos el corazón colectivo de Buenos Aires. Que late con fuerza en el centro de la gran colmena, tan penetrada por la prosa y el verso de Borges; con nostalgia y arrastre de tango en las esquinas del «Caminito» que inmortalizara Juan de Dios Filiberto...

De manera (cavila el cronista) que esto es el viejo almacén de que nos hablaba en su retorno el emigrado, nostálgico de lindas pebetas. «Leonardo Palenque mantiene un curioso vínculo con su pasado indiano. Más de cuatro veces cada noche consulta su reloj de oro y rápido calcula la justa equivalencia porteña: Ahorita son las nueve en la calle Belgrano.» Y esta que ahora atravesamos no es exactamente la calle Belgrano, pero es la calle Corrientes. «Arsenio Quilós bajó del barco; siempre había repudiado el lloro de sus compatriotas, que allá en América se vierte por la tierra perdida, y luego, al regreso, por las luces nocturnas de la calle Corrientes.» Cuentos. Cuentos -entiéndase- en el sentido literario de la palabra. La realidad poética puede ser más verdadera que la realidad simplemente, y por esto es un trance delicado el de confrontarlas. Esta vez, al menos, los lugares reconocidos por los sentidos corporales no degradan lo adivinado desde una ventana a la carretera (**Una ventana a la carretera**) de un pueblo. Sobre todo cuando las calles de la ciudad las he ido fatigando a pie, con Borges.

-Usted, Borges, emplea eficazmente el verbo «fatigar» -le he dicho cuando llevábamos un rato de confidencias en su casa de la calle Maipú-. Quiero decir: en ese sentido, que ya llamaríamos borgesiano, de «fatigar las aceras», «fatigar las páginas de un libro»...

-Ah, sí. Pero fíjese usted, es muy difícil inventar verdaderamente algo. Virgilio, en la Eneida...

Al premio Cervantes lo llaman el Nobel español siguiendo ese recurso un tanto vano de las equiparaciones. Y desde luego, la radio, los periódicos, las diversas cadenas de la televisión, no sólo de Argentina sino de Hispanoamérica, estaban echando al vuelo las campanas de la noticia en aquellas fechas de enero. Mi cita era anterior al acontecimiento. Creí que éste frustraría mis intenciones. Pero Borges me abrió en el acto las puertas de su casa, por mano de un ama de llaves vigilante y fiel, mientras Bepo deslizaba su ondulación lustrosa de gato que barrunta la cuota que le corresponde en la crónica universal de la literatura. Está sentado el escritor en un sillón de tresillo verde, muy cerca del aparato del aire en pleno funcionamiento, y eso que hoy se ha atenuado el calor intolerable de este verano que los americanos del sur tienen la ocurrencia de celebrar en enero. Cuando le presento a mi mujer, Borges pide la chaqueta y corrige la familiaridad de su atuendo, que, por cierto, era perfectamente aceptable, incluso elegante con su corbata bien elegida sobre la camisa muy pulcra y fina. Empezamos a hablar. Él se suelta en seguida, mirándome atentamente. He dicho mirándome. Borges dice que ve el color amarillo. Cuando le digo que he estado en manos de los cirujanos de los ojos, me pide que le preste mis gafas.



-Veo un poco con sus gafas -me dice jubilosamente-. Le veo a usted la corbata.

Bueno, lo que llevo es una camisa vistosa; pero qué más da, junto a quien ha dictado y sigue dictando tantas páginas luminosas. Y en español, por supuesto. En un idioma que le coincide cabalmente con el fluir de la sangre, pero al que a veces rebajará con algún «yo descreo», para hacer honor a su afición perpetua por la paradoja.

-El cuento más reciente que he escrito -me confía- se llama «La memoria de Shakespeare». No le referiré el argumento. Se trata de un sueño que tuve en Norteamérica.

Cuando hablamos de Norteamérica, de la Universidad salta el nombre de Ricardo Gullón

-Gullón es un buen mozo, ¿verdad? Lo conocí en Austin en 1961, cuando mi madre y yo descubrimos aquello.

Le interesan siempre los apellidos:

-Gullón, ¿es apellido francés?

-Quizás -le digo-. Pero para mí es un apellido astorgano. Pío Gullón. El Teatro Gullón.

-Usted, Pereira, viene de León...

-Sí. De unos grados bajo cero.



-Les envidio. En Buenos Aires nevó por última vez en 1915. Fue un acontecimiento al que algunos dieron una interpretación favorable y patriótica: Nos llegaba la nieve, luego ya éramos como europeos, como París.

Hace mucho más calor en la calle que en casa, naturalmente. Pero marchamos a pasear por la calle Florida. La figura del escritor en medio de un hombre que le presta el brazo y de una mujer, avanza con dificultad en la calle peatonal donde los peatones reconocen con admiración al maestro. Hay que detenerse, facilitar que la gente haga sus parabienes, una frase, una mano que quiere estrecharle la mano. A mitad del paseo hemos buscado reposo en un café. Al autor de *El Aleph* y de muchas historias complejas le gusta el sabor sencillo del pomelo. Y le gusta, sobre todo, hablar de sus infinitas sabidurías, que a veces disfraza astutamente de dudas. Provocar al interlocutor. Confirmar que los géneros que cautiva son la poesía, el ensayo, el cuento... y la «travesura».

Al fin, cuando lentamente nos ponemos a regresar a su casa, caigo en la tentación tan explicable -tan frecuente- de imitar a Borges. Me escudo tras una broma, la de recordarle el dicho de la vasta familia de los poetas de acá: «Si me lees, te leo.» Y a los versos de *El Hacedor*, cálidamente revividos por su voz, correspondo con la implacable colocación de los míos, aquel hierro humilde que suena en «De monte y los caminos».

-Es curioso -concluye Borges-, cantar la ferretería. En Buenos Aires habla la costumbre de pintar el exterior de las ferreterías con unos colores concretos...

Me dijo qué colores. Ahora siento no haberlo apuntado. En realidad, yo no había acudido a un trabajo que pidiera la puntualidad de las notas sino a un encuentro de amistad. Por esto mis cuartillas más bien que un documento han querido ser una música, cuando Borges llega a Madrid a cosechar devociones. Y más que probablemente, alguna que otra irritación.

Antonio PEREIRA